

# HISTÓRICA

CARTAGENA

2,50 €

CUADERNO MONOGRÁFICO Nº 9



ISIDORO PATRICIO MÁIQUEZ RABAY



# El sendero de los pinos

**Juan Ramón Calero**

Una mañana de otoño de 2001, un grupo de terroristas, supuestamente de ETA, asesina al Ministro de Industria y Energía del Gobierno de España, y a dos escoltas. Miguel Martín, el hermano del Ministro asesinado, es un detective cincuentón, dedicado a asuntos menores. Sin embargo, decide emprender la tarea de descubrir y castigar a los asesinos, aun sabiendo de antemano que ni está preparado para ello ni cuenta con los medios necesarios. La averiguación de la verdad de lo ocurrido le permite profundizar en el conocimiento de la personalidad del hermano fallecido, y también reflexionar sobre su propio pasado. Además de que la indagación de las causas del atentado le conduce por derroteros sorprendentes e inesperados.

La novela plantea el problema de que, si no se está preparado para el perdón, ¿no queda más camino que la venganza?, ¿se puede alcanzar la paz con las manos manchadas de sangre?

Juan Ramón Calero

## El sendero de los pinos



narrativa  
ÁGLAYA

editorial  
ÁGLAYA



# EDITORIAL

**-E**res más duro que Máiquez- Esta expresión la hemos oído muchas veces con referencia a aquellos, cartageneros o no, a los que cuesta convencer para que den su brazo a torcer. El dicho se refiere al material, bronce, con que se fundió la estatua que Cartagena en la época del alcalde Alfonso Torres (algún día tendremos que dedicar un espacio a este alcalde, asesinado en la Guerra Civil, que con sus luces y sombras dejó una gran impronta en la ciudad), erigió a nuestro insigne actor.

El monumento se encuentra en la plaza más bonita y recoleta de Cartagena sobre el lugar donde estaban las huertas del convento de San Francisco, el mayor que hubo en la ciudad, terrenos que pasaron a propiedad municipal tras la desamortización eclesiástica de Mendizabal. Hoy en día es zona fronteriza entre la Cartagena que se recupera y nuestro particular Beirut.

Vicente Cepeda nos muestra unos originales trazos biográficos sobre un personaje de mucha enjundia que se movió en el siempre difícil mundo de la escena y que revolucionó la relación que los actores mantenían con el público creando las bases para el nuevo teatro español. Esa fue la principal aportación de Isidoro Máiquez después de su paso por París para recibir del gran Talma sus últimas clases de interpretación y *savoir faire* en el escenario.

Máiquez vivió una turbulenta época de la historia de España y se vio arrastrado por ella, protegido de Godoy y de la condesa de Osuna, amigo de Goya, afrancesado, referencia de la sociedad madrileña en los años previos a la guerra de la Independencia. Con un "Ego" superlativo, quizá la única característica cartagenera que vemos en su personalidad y que, por cierto, aun exhiben algunos de sus paisanos en la actualidad.

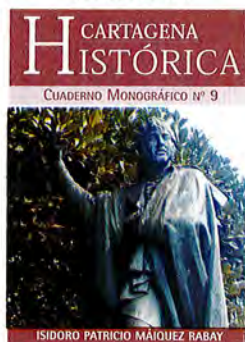
La revolución que significó la hecatombe de 1808 a 1814 acabó con una época y también con nuestro paisano pero 200 años después aún queda la memoria del actor que interpretó como nadie al moro del Otelo de William Shakespeare. Quede este Monográfico como homenaje al "duro" de la Plaza de San Francisco.

CARTAGENA HISTÓRICA se une a todos los hombres y mujeres de bien en su repulsa al bárbaro asesinato cometido en Madrid el 11 de marzo y pide a nuestro gobierno que el rechazo expresado por doce millones de personas en las calles de España no quede sólo en eso, sino que se tomen las más drásticas medidas para acabar con los culpables allá donde se encuentren y sean quienes sean.



CARTAGENA HISTÓRICA  
CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 9

Febrero 2004



EDITORIAL ÁGLAYA

Calle Real, 16  
30201 CARTAGENA  
www.editorialaglaya.com  
e-mail: info@editorialaglaya.com

**DIRECTOR**

Ángel Márquez Delgado

**CONSEJO EDITORIAL**

José Luis Sánchez López  
Antonio González Velázquez  
Luis Delgado Bañón  
Federico Santaella Pascual  
Francisco J. Franco  
Luis Miguel Pérez Adán  
Manuel Rolandi Sánchez-Solis  
Miguel Puchol Franco  
Ricardo Hernández Conesa  
Francisco Velasco Hernández

**AUTOR**

Vicente Cepeda Celdrán

**ADJUNTA A DIRECCIÓN**

Blanca González Gutiérrez

**PRODUCCIÓN EDITORIAL**

José Antonio Minguez Saura

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN**

Eva Márquez Zayas

**EQUIPO TÉCNICO**

Vanessa Martín  
Francisco Tito

**MAQUETACIÓN**

**MONTAJE**

**FOTOMECÁNICA**

**IMPRESIÓN**

ÁGLAYA GRÁFICA

**Depósito Legal**

MU-0492-2004

I.S.S.N. 1696-991X

# Un cartagenero universal

# Isidoro Patricio Máiquez Rabay

## Introducción

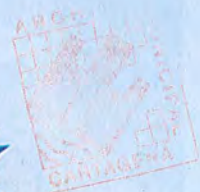
Uno de los libros pintorescos que jalonan mi biblioteca es un pequeño volumen de apuntes alrededor del primer trágico español del siglo XIX, nuestro inefable Isidoro Máiquez. Una historia novelada escrita por nuestro también paisano don Joaquín Belda, y editada por los talleres tipográficos "AF" de Calvo Asensio 3 (Madrid), en el año de 1934. Un libro hace mucho olvidado que me agrada por su sencillez,

y por ese estilo en ocasiones decimonónico, que daba carácter propio a lo que con tanta precisión y vehemencia se concretaba.

El título de la obra es tan inusual como *Máiquez, actor guerrillero y hombre de amor* (de la serie "los hombres de nuestra raza"), un título sin duda extravagante para nuestro momento pero que encierra en su contenido mucho de amor y de conocimiento sobre la vida y obra del actor.



ARCH00314



A  
**ISIDORO MAIQUEZ**  
SV  
**CIVDAD NATAL**  
1768 - 1820



Letras groseramente  
pegadas, indicativas  
del monumento  
a Máiquez



## Cartagena, ciudad natal de Máiquez

En sus primeras páginas Belda señala que estaba en Cartagena el único teatro que lleva el nombre del actor (antaoño propiedad suya y de sus tres hermanos) razón por la que el nombre de "Máiquez" le sonaba como algo grato desde que tuvo uso de razón. Porque así lo aseguraban los más viejos de su familia cuenta también que nació en la misma alcoba donde mucho tiempo atrás lo hizo el actor. Una habitación de "cierta casa en la calle de Cuatro Santos señalada con el número 32 de entonces", un lugar convertido hoy, y desde hace muchos años, en triste solar. Y donde Belda se lamenta no haya existido nunca indicación alguna en forma de placa, lápida, etcétera, que perpetuara ese fasto recuerdo.



Siguiendo el relato de Belda, por alguna vivienda de esta zona (el número 32 de la calle Cuatro Santos de entonces), asegura don Joaquín que nació el actor Isidoro Máiquez al panorama propio de 1768

*Don Manuel Ponce Sánchez, en su libro Máiquez el actor maldito, señala como lugar probable del nacimiento de Isidoro la calle Serreta a la altura de la de San Vicente, donde años más tarde se le dedicara en las proximidades de esta calle un teatro. Esta sala de teatro –que cuenta Belda perteneció a su padre– fue con el tiempo transformada en cine, manteniendo siempre el nombre de Máiquez. Un local venido a menos, que en sus últimos coletazos se dedicó al género erótico (con pocos aunque devotos parroquianos), y de nuevo al de entretenimiento general hasta su cierre (el vídeo, los multicines y otros inventos fueron para este cine su definitivo tiro de gracia).*





Don Manuel Ponce Sánchez en su elaborado estudio y obra *Máiquez el Actor Maldito* señala como otro lugar probable del nacimiento de Isidoro un lugar de la calle Serreta a la altura de la de San Vicente, donde años más tarde se la dedicara en las proximidades de esta calle un teatro



Spottorno, Rolandi, Cacciara, Castagnola, Pescetto o Faquinetto son algunos de los muchos apellidos italianos que suenan por Cartagena, genoveses en su mayoría que, venidos a la suerte de la mar, pusieron sobre nuestra ciudad una impronta aún por enseñar. Viejas relaciones comerciales y de nuestra buena vecindad con tantos como trabajaron y vivieron con media fortuna en nuestra ciudad. El abuelo materno de Máiquez fue sin duda uno de estos casos

Isidoro Patricio Máiquez Rabay nació el día 17 de marzo de 1768 en el cartagenero barrio de la Serreta, fueron sus padres don Isidoro Máiquez Tolosa (actor valenciano) y doña Josefa Rabay (cartagenera e hija única de un genovés avecindado en nuestra ciudad). De su abuelo materno, el genovés don Pablo Rabay, se cuenta que gustaba de jugar al ajedrez en un cafetucho que estuvo donde hoy se encuentran las Puertas de Murcia.

Isidoro Máiquez fue bautizado en Cartagena el día 19 del mismo mes, apadrinado por Domingo Valarino y Ana María Ors.

### Los primeros vuelos

Con poco acierto se ha dicho de Máiquez que nunca trabajó en Cartagena; porque tras hacerlo en Granada (1792), subió hacia los auditorios de Cartagena (con una acogida nada dulce ni suave), y a los de Valencia y Málaga (con



idéntico "éxito"). Sus papeles eran secundarios (terciarios más bien) y siempre al lado de su padre o hermanos. Años miserables donde ser protagonista y ser víctima era todo uno.

Conocemos que junto a su padre y a sus hermanos José y



## UNA SIMPÁTICA ANÉCDOTA

Belda pone en boca de Máiquez la graciosa peripecia que a nuestro paisano ocurrió en Toledo. Sucedió que representaba, de Rosete Niño, *El triunfo del Avemaría*, una obra que el mismo ensayista califica de malísima y donde tocaba a Máiquez hacer de moro.



Con tal mala fama y poca fortuna que nada más pisaba el escenario el público empezaba a comportarse como energúmenos y a pedir a gritos que lo matasen. Pero como ningún actor se decidía a acabar con el personaje, los del patio y cazuela avanzaban en comandita y entre candilejas armados con sendas navajas cabriteras, y con garrotes quienes no disponían de otro instrumento ofensivo. A los gritos seguía la acción, y Máiquez se veía obligado a hacer "mutis por el foro", vestido de cómico como estaba y corriendo al escape por la puerta de servicio.

En una de aquellas cabalgadas dio con un carretero que transportaba paja hasta Illescas, y allí con otro que transportaba chorizos hasta Madrid, donde fue a terminar con sus huesos en una posada de la Cava Baja.

*Los cómicos de la legua eran actores abocados a buscarse por sí mismos los espacios de representación para ir viviendo, y porque no eran bien vistos por las autoridades (no contaban con el favor Real ni actuaban en palacios o cortes) se les obligaba a hacerlo a más de una legua del centro urbano. Son los esforzados cómicos ambulantes que observamos en las películas de espadachines; familias de actores desplazadas en carromatos que bajo nombres tan pintorescos como el bulubú, la bojiganga o el guirigay, hacían sobrellevar a los demás sus miserias mientras, por aquí y por allá, iban paseando las propias. Hombres, mujeres y niños, que con sus caras pintadas de colorete y sus vestidos improvisados representaron en España obras como las de Molière, y que sin duda están en la raíz de que nuestro teatro haya sobrevivido a los avatares de la guerra, al hambre y a la calamidad.*

Juan Máiquez trabajó en Granada en 1792 (aunque de Isidoro nada bueno ni malo se cuenta), y que Máiquez salió de Cartagena hacia los once años (en marzo de 1779 su padre representaba con la compañía de José de León), no volviéndose más a saber de alguna representación suya en nuestra ciudad.

Por las pocas crónicas que de la época nos han llegado conocemos también que el padre de Máiquez nunca obtuvo como actor la fama de su hijo, y a sus viajes con los cómicos de la legua (las compañías de la legua) unió el oficio de cordonero de la seda (abundante en la época por la cría de los gusanos de seda en Valencia y Murcia).

### La asomada de Máiquez a la Villa y Corte

Ya en los ambientes de Madrid, y contando Máiquez 23 años de edad, fue una mujer quien le introdujo en los teatros: la gaditana doña Antonia Prado. Mujer con la que Máiquez había contraído matrimonio de conveniencia en 1789, en Valencia. Un hecho que

Belda justifica sabiamente apuntillando que si en el trono de España había puesto la reina María Luisa a "Manolito" Godoy, no era una chulería mayor la de Máiquez para con su Antoñita Prado. Una moza tres años mayor que él, con una boca preciosa, dotada de una gracia y una simpatía a la que casi nadie podía resistir. Hija asimismo de actores (aunque estos eran de los que trabajaban en los teatros de Madrid), y "sobresaliente" en el teatro del Príncipe (debutó como tal con la comedia de Calderón y Rojas Zorrilla *El monstruo de la fortuna*). De ella cuenta Belda que declamaba con primor aunque su voz no era muy extensa, que bailaba con arte y llegaba, en la multiplicidad de sus habilidades, a desempeñar papeles de bajo cómico en los sainetes. Razones todas que la hacían una de las actrices más completas de su época.

Mientras Antonia Prado era, como acabamos de apuntar, una actriz consagrada y una mujer hermosa, Isidoro Máiquez todavía era un actor de provincias desconocido, alguien que todavía a nadie había deslumbrado ni por su fama ni por su atractivo perso-



# EL HUNDIMIENTO DEL CASTILLO OLITE

La mayor tragedia naval  
de la Guerra Civil  
Española



Luis Miguel Pérez Adán

El general Franco vio una oportunidad única de finalizar gloriosamente la Guerra Civil con una acción espectacular: El desembarco y captura de la principal Base Naval de la República, donde se había producido una sublevación contra el gobierno de Juan Negrín que rápidamente se transformó en franquista.

Cuando recibió la petición de ayuda de los sublevados organizó una vasta operación. La Expedición sobre Cartagena en la que participaron 20.000 hombres y cerca de 30 buques, la práctica totalidad de la escuadra nacional.

La expedición resultó un desastre por la improvisación, la falta de medios adecuados y la nula planificación.

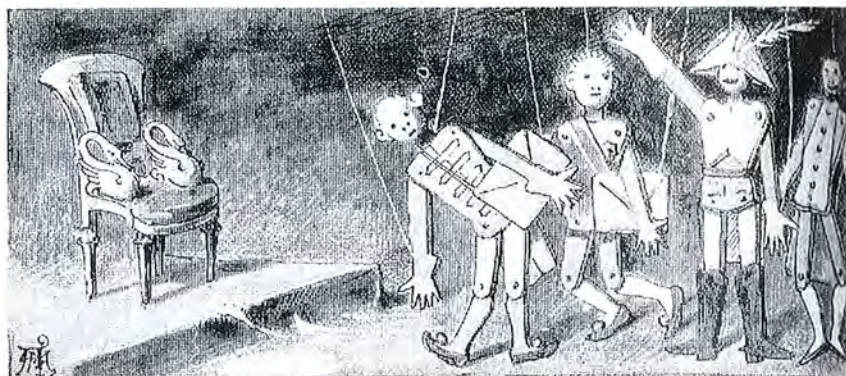
Los buques se vieron obligados a regresar a sus puertos de origen, excepto uno el *Castillo Olite* que sin radio y desconociendo la situación intentó entrar en el puerto de Cartagena. La Batería de La Parajola, de nuevo en poder de las fuerzas republicanas, lo impidió hundiendo el buque y ocasionando la mayor tragedia naval de la Guerra Civil española.

Con el El Hundimiento del *Castillo Olite* Luis Miguel Pérez Adán viene a llenar un hueco importante en la historiografía de la Guerra Civil, desvelando uno de los episodios más oscuros ocurridos al final de la misma.





Manuel Godoy Álvarez de Faria (1767-1851), político español y primer ministro durante el reinado de Carlos IV, debió su brillante y rápida carrera política al favor de la reina María Luisa de Parma. Desde cadete en la Guardia Real ascendió a consejero de Estado, con título de duque de Alcudía. Fue conocido y amigo de Isidoro Márquez, al que después castigó con varios reveses por su talante afrancesado y la abierta discrepancia a sus decisiones (Godoy había iniciado una política hostil contra Francia desde la ejecución de Luis XVI). Tras dos años de guerra contra el vecino país del Norte, la Paz de Basilea valió a Godoy el título de "Príncipe de la Paz". Un nuevo status que nos vincularía poderosamente con los intereses galos y sus consecuencias (tratado de San Ildefonso, expedición contra la Gran Bretaña, derrota en San Vicente, desastre en Trafalgar, etcétera). En la imagen, de autor anónimo y tomada en vista parcial desde un cuadro existente en el Museo del Ejército en Madrid, observamos al cadete Godoy en uniforme de Guardia de Corps (1784 - 1788)



nal. Muy lejos aún de la gloria a la que se habría de proyectar y que por no tener no tenía ni enemigos, esa gente que tan a menudo humilla en la buena fama o mortifica en la dignidad, se tenga o no la ocasión.

Por aquel entonces a Máiquez se le conocía simplemente como "el marido de la Prado", mujer que le había conseguido un puesto en el teatro del Príncipe (después teatro Español), junto a ella.

La "ganancia" que dicen obtuvo Máiquez por su matrimonio parece así quedar explicada; la que obtuviera Antonia Prado la explica Belda señalando su tendencia a la dominación, su oportunidad para imponerse tanto dentro como fuera de escena. Y parece que así fue hasta que el actor mediocre se encumbró, pasando la esposa a un tibio segundo plano.

Un momento que se señala como de desgracia para el matrimonio; de mutuos celos y de una separación física y anímica que a la práctica nunca se concluyó del todo, aunque dicen acabó por trastornar a Máiquez.

### Máiquez el intruso

En los teatros de Madrid, Máiquez "el intruso" (como era llamado por el galán Antonio Robles) acabó reemplazando a éste. Con su suegro Antonio Prado, también de plantilla en la compañía del Príncipe, tampoco tuvo una relación excesivamente buena, por lo que sus primeros años en las compañías de Madrid fueron más bien turbulentos.



La rivalidad entre actores en el pasado era feroz, pues junto a su buena o mala fama, iba su fortuna. Al punto que mantenían fieles acólitos dispuestos a dar guerra en la representación del contrario, hasta convertir la obra en una batalla campal

Pese a todo y por aquella misma época los Reyes de España pasaban parte del año fuera de Madrid aunque en sus cercanías. En los Reales Sitios de El Pardo, La Granja, Aranjuez o El Escorial. Lugares todos a los que también se trasladaban los cortesanos y cuanto se movía alrededor de la Familia Real.

A su consecuencia las representaciones teatrales en estos Reales Sitios eran tan importantes como las que se hacían en los madrileños teatros del Príncipe, de la Cruz o de los Caños. Lugares por los que actuó también nuestro Máiquez, con la misma categoría y sueldo que gozaba en Madrid.



## La etapa francesa de Máiquez

Llegado el momento, Máiquez decidió trasladarse a Francia para seguir aprendiendo los entresijos del teatro. Por lo que haciendo uso de su afecto con Godoy, consiguió de él su beneplácito y una pensión-ayuda mensual de cien francos (que pagaría el embajador en Francia). No faltaron al caso las habladurías quienes decían que Godoy aceptaba de buen grado alejarlo ...para así tener más cerca a la hermosa Antonia Prado.

Con estas y otras ayudas al fin marchó a París, y en la capital de Francia trabó amistad con Francisco José de Talma. Actor trágico de gran fama, y referente artístico



intempestiva marcha a París (había abandonando la temporada de teatro) había sido tomada poco menos que como una deserción, y la Junta de Teatros no podía tenerle en su estima (no fue admitido en ninguna de las grandes compañías). De modo que de los palacios bajó a las cabañas, y hasta que se le levantó la prohibición para actuar en la extrema vanguardia, con la compañía de los Caños del Peral representó traducciones francesas de mediano renombre que agradaron al público, aunque sin entusiasmo.



la pensión y la condesa-duquesa de Osuna le había retirado su mecenazgo). Sólo por lo que le enviaba su esposa pudo regresar a España.

## La interpretación de Otelo, un cambio de fortuna

El primero de enero de 1802 es la fecha álgida en la historia teatral de Máiquez, y por extensión en la historia del teatro español de

En España su

para Máiquez. El personaje de quien recibiría Máiquez las últimas lecciones de interpretación.

Pero los comienzos de Máiquez en París fueron tan oscuros como lo fueron sus inicios en Madrid, y solo se le conocía por referencias. Allí permaneció entre 1798 y 1799, con sólo breves paréntesis en los que trató de asegurar su negocio en los teatros de la Corte.

Porque estas gestiones no le fueron favorables decidió proseguir su estancia en París a unos niveles de subsistencia hartamente precarios (había gastado lo previsto para su primera estancia, el gobierno español le había retirado





*Con la interpretación del papel de moro (Otelo), Máiquez proyectó la mayor dimensión conocida en el teatro para una obra de Shakespeare. Un drama de celos donde el joven soldado, el moro de Venecia, hacía sacar a Máiquez todo su mundo interior. Su orgullo, su cólera, sus arrebatos de pasión y su mejor hacer teatral. Aquello representó para el cartagenero su consagración definitiva como primer actor español*

ese siglo. El momento en que nuestro actor interpretaba al moro de Otelo, con una pasión que se cuenta rayaba en lo sublime. Un drama interior que aflora con la muerte de Desdémona y en el que nuestro particular "moro de Venecia" hacía poner al público los vellos de punta.

Al año siguiente Máiquez representó Otelo durante cuatro días seguidos, algo inaudito entonces, que igualmente supuso un éxito clamoroso (rivalizando en audiencia con obras recién llegadas a España como *Las bodas de Fígaro*). Desde entonces Máiquez representó otras muchas comedias de calidad, pero ninguna alcanzó tanto éxito como su incomparable *Otelo*.

Para que nuestros lectores se den idea de que esto no era ningún tipo de caída o de limitación artística, señalaremos que con la tragedia *Blanca y Moncasin o los Venecianos* (traducida de la de Arnault por De la Calle) hicieron en su primera representación una entrada de 11.309 reales (cuando lo habitual para esos casos era una entrada entre 2.000 y 6.000 reales). Sobre lo abundante de su trabajo habla por sí misma una de sus otras representaciones de éxito: *El pastelero de Madrigal*. Una obra en la que Isidoro Máiquez tenía que producir función de tarde y de noche. Una agotadora labor que, afortunadamente para los actores, pronto cayó en desuso.

### **El retrato galdosiano de Máiquez**

Lo que sigue a continuación fueron tiempos de lujo y de ciertos pecadillos mundanos que Galdós retrata en su obra *La Corte de Carlos IV*. Escenas de ambiente culto, cálido y plural, con el que el escritor nos despliega a un Máiquez más soberbio y altivo que nunca porque, entre 1803 y 1804, Isidoro no sólo era un actor de carácter sino además el encargado de dirigir la compañía de Los Caños. Un elenco artístico que dicen manejó muy creído en sí mismo y en forma despótica; con un mal estilo que después le pasaría factura con no pocas envidias y muchos rencores entre sus compañeros de profesión.

Por lo interesante y bien escritas que me parecen todas las

obras de Galdós, no me resisto a hacer la crónica de lo que considero en esta que son sus trozos más sustanciales:

Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes (Galdós) vagaba por Madrid, maldiciendo la hora menguada en que dejó su ciudad natal por la inhospitalaria Corte. Era su ama la sin par "Pepita González", y su trabajo, "divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo". Un cóctel explosivo del que resultarían no pocas picardías.

Enumerando sus ocupaciones diurnas (y nocturnas) Galdós nos cita, con solapada intención picante, alguna tan singular como la de *ir todos los días a casa de Isidoro Máiquez con el aparente encargo de preguntarle cualquier cosa referente a vestidos de teatro; pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me callo por ahora*.

Pero tiene una chispa especial cuando cuenta de su ama "la González", una mujer agraciada de grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban a un muerto, y para la que no había vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garambaina que no le sentase a maravilla. Sus movimientos, nos sigue contando, tenían una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible, que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar







Ribera, María García y otras de aquel tiempo, no poseían extraordinarias cualidades: de modo que si mi ama no sobresalía de un modo notorio sobre las demás, tampoco su estrella se oscurecía ante el brillo de ningún astro enemigo. El único que entonces atraía la atención general y los aplausos de Madrid entero era Máiquez, y ninguna actriz podía considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulación sino entre los dioses de un mismo sexo”.

En lugares poco edificantes y entre un público que no brillaba precisamente por su cultura teatral, Máiquez soportó los gritos y pitidos de la cazuela. Una anécdota que dejó escrita el propio actor y desde la que saltó por entre los malos humos del público de provincias hasta los no menos malos

con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocación.

La González electrizaba al público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamación en las obras sentimentales, y su inagotable sal en las cómicas. Igual triunfo tenía siempre que era vista en la calle por la turba de sus admiradores, cuando iba a los toros en calesa o simón, o al salir del teatro en silla de mano.

“María del Rosario Fernández, conocida por la Tirana, había muerto el año 1803. Rita Luna, no menos famosa que aquella, se había retirado de la escena en 1806; María Fernández, denominada la Caramba, también había desaparecido. La Prado, María





*En lugares poco edificantes y entre un público que no brillaba precisamente por su cultura teatral, Máiquez soportó a menudo los gritos y pitidos de la cazuela. Una anécdota que dejó escrita el propio actor y desde la que saltó por entre los malos humos del público de provincias hasta los menos malos humores del público en la gran capital*



humores del público en la gran capital. La inhospitalaria Corte y sus gentes, que tan bien retratará Galdós en sus *Episodios Nacionales*.

Sobre lo que era el teatro y sus asientos Galdós nos cuenta con fina ironía: "ustedes creerán que el aspecto interior de los teatros de aquel tiempo se parece algo al de nuestros modernos coliseos. ¡Qué error tan grande! En el elevado recinto donde el poeta había fijado los reales de su tumultuoso batallón, existía un compartimiento que separaba los dos sexos, y de seguro el sabio legislador que tal cosa ordenó en los pasados siglos se frotaría con satisfacción las manos y daríase un golpe en la augusta frente, cre-

yendo adelantar gran paso en la senda de la armonía entre hombres y mujeres. Por el contrario, la separación avivaba en hembras y varones el natural anhelo de entablar conversación, y lo que la proximidad hubiera permitido en voz baja, la pérfida distancia lo autorizaba en destempladas voces. Así es que entre uno y otro hemisferio se cruzaban palabras cariñosas, o burlonas o soeces, observaciones que hacían desternillar de risa a todo el ilustre concurso, preguntas que se contestaban con juramentos, y agudezas cuya malicia consistía en ser dichas a gritos. Frecuentemente de las palabras se pasaba a las obras, y algunas andanadas de castañas, avella-

nas, o cáscaras de naranjas, cruzaban de polo a polo, arrojadas por diestra mano, ejercicio que si interrumpía la función, en cambio regocijaba mucho a entrambas partes".

En disculpa a este guirigay Galdós afirma: *verdad es también que ningún público del mundo ha excedido a aquél en donaire, para burlarse de los autores malos y de los poetas que no eran de su agrado. Igualmente dispuesto a la risa que al sentimiento, obedecía como un débil niño a las sugerencias de la escena. Si alguien no pudo jamás tenerle propicio, culpa suya fue.*

Mirando el teatro desde arriba parecía el más triste recinto que puede suponerse. Las macilentas luces de aceite que encendía un mozo saltando de banco en banco apenas le iluminaban a medias, y tan débilmente, que ni con anteojos se descubrían bien las descoloridas figuras del ahumado techo, donde hacía cabriolas un señor Apolo con lira y borceguíes encarnados.

Era de ver la operación de encender la lámpara central, que, una vez consumada tan delicada maniobra, subía lentamente por máquina, entre las exclamaciones de la gente de arriba, que no dejaba pasar tan buena ocasión para manifestarse de un modo ruidoso.



*Los pasillos de los teatros y los camerinos de los artistas eran punto menos que coto abierto para los cazadores furtivos, hasta que mucho más tarde se dispuso -como sala para recibir a los amigos y admiradores de los comediantes- el foyer des artistes*



Los libros publicados por el último General en Jefe del Ejército Sitiador y otros testigos de los hechos en los años posteriores (1874-1877) a la Sublevación, y que sirvieron de base para la posterior historiografía cantonal han sido reeditados en formato de lujo por Editorial Áglaya



**MEMORIA Y COMENTARIOS  
SOBRE EL SITIO DE CARTAGENA**  
General José López Domínguez

El sitio y bombardeo de Cartagena durante la sublevación cantonal descrito por el general que obtuvo la capitulación de la ciudad. La "Memoria" de López Domínguez fue la primera gran monografía militar publicada en España sobre la sublevación cartagenera de 1873.

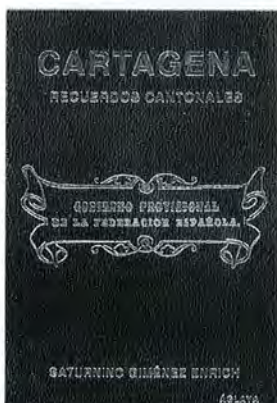
Título: Memoria y comentarios sobre el sitio de Cartagena  
Autor: José López Domínguez  
Páginas: 386  
Ilustraciones: 13 b/n y un plano  
Encuadernación: Tapa dura y rústica  
Edición: Septiembre 2000  
I.S.B.N: 84-931456-0-2  
Precio: 28,85 € en tapa dura y 19,23 (3200) € en rústica



**MEMORIAS DE LA REVOLUCIÓN CANTONAL EN CARTAGENA**  
Capitán Eduardo García Alcántara

El capitán García Alcántara describe en esta obra cómo se unió a los sublevados de Cartagena en la primera expedición cantonal a Alicante, desempeñando el cargo de fiscal de guerra de la plaza y durante el bombardeo de la ciudad estuvo al mando del baluarte del Parque, tuvo también una destacada intervención en las negociaciones con el general López Domínguez para la capitulación.

Título: Memorias de la Revolución Cantonal en Cartagena  
Autor: Eduardo García Alcántara  
Páginas: 192  
Ilustraciones: 5 b/n  
Encuadernación: Tapa dura  
Edición: Diciembre 2000  
I.S.B.N: 84-931456-6-1  
Precio: 19,23 €



**CARTAGENA. RECUERDOS CANTONALES**  
Saturnino Giménez Enrich

Esta obra se construyó en forma de diario en el que el protagonista, desde su exilio en Orán, narra las circunstancias de la sublevación; recorre y describe los acontecimientos que se vivieron en Cartagena durante la insurrección. El diario de Saturnino Giménez refleja el pensamiento y la actitud de ciertas clases populares cartageneras, ajenas a los círculos del poder cantonal pero plenamente adheridas a la sublevación e identificadas con la idea liberal y federal que la sustentaba.

Título: Cartagena. Recuerdos cantonales  
Autor: Saturnino Giménez Enrich  
Páginas: 224  
Ilustraciones: 17 b/n  
Encuadernación: Tapa dura  
Edición: Marzo 2001  
I.S.B.N: 84-95669-01-3  
Precio: 21,04 €



**LA ARTILLERÍA CENTRALISTA EN EL BOMBARDEO DE CARTAGENA.**  
**EL INFORME VIVANCO**  
Joaquín Vivanco. Edición de Ángel Márquez

El más completo estudio publicado sobre el bombardeo de Cartagena entre los meses de noviembre de 1873 y enero de 1874. La disolución del Cuerpo de Oficiales de Artillería. El fracaso del primer bombardeo durante el mando del general Ceballos. Las presiones políticas del gobierno centralista de Castelar para que Cartagena fuera arrasada. El gran bombardeo de López Domínguez, tras el golpe de estado del general Pavía, que tampoco consiguió doblegar a la primera plaza fortificada de España.

Título: La artillería centralista en el bombardeo de Cartagena. La memoria Vivanco  
Autor: Joaquín Vivanco.  
Edición de Ángel Márquez  
Páginas: 208  
Ilustraciones: 17 b/n  
Encuadernación: Tapa dura  
Edición: Noviembre 2001  
I.S.B.N: 84-95669-02-1  
Precio: 21,04 €





Abajo también había compartimiento, y consistía en una fuerte viga, llamada degolladero, que separaba las lunetas, del patio propiamente dicho. Los palcos o aposentos eran unos cuchitriles estrechos y oscuros donde se acomodaban como podían las personas de pro; y como era costumbre que las damas colgasen en los antepechos sus chales y abrigos, el conjunto de las galerías tenía un aspecto tal, que parecía decoración hecha ex profeso para representar las calles de Postas o de Mesón de Paños.

Al comienzo de cada representación cada cual procuraba estar en su sitio habitual (bien es cierto que existían pocos entretenimien-

tos si los comparamos con los de hoy día). Allí estaba el vidriero de la calle de la Sartén, uno de los más ilustres capitanes de la mosquetería; allí el vendedor de libros de la Costanilla de los Ángeles, hombre perito en las letras humanas; allí Cuarta y Media, cuyo fuerte pulmón hizo acallar él solo a todos los admiradores de La mojigata; allí el hojalatero de las Tres Cruces, esforzado adalid, que traía bajo la ancha capa algún reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa; allí el incomparable Roque Pamplinas, barbero, veterinario y sangrador, que con los dedos en la boca, desafiaba a todos los flautistas de Grecia y Roma; allí, en fin, lo más granado y florido que jamás midió sus armas en palenques literarios.

Cuenta Galdós que el teatro del Príncipe fue reconstruido en 1807 por Villanueva (se había quemado en un incendio), y que la compañía de Máiquez trabajaba en él, alternando con la de ópera y dirigida por el célebre Manuel García.

Pepita González (la ama de Galdós) y Antoñita Prado (la esposa de Máiquez) eran las dos

damas principales de esta compañía.

Sigue contando don Benito que "los galanes secundarios valían poco, porque el gran Isidoro, en quien el orgullo era igual al talento, no consentía que nadie despuntara en la escena, donde tenía el pedestal de su inmensa gloria y no se tomó el trabajo de instruir a los demás en los secretos de su arte, temiendo que pudieran llegar a aventajarle". Así es que alrededor del célebre histrión todo era mediano".

La Prado y la González alternaban en los papeles de primera dama, desempeñando aquélla el de Clitemnestra, en el Orestes, el de Estrella en Sancho Ortiz de las Roelas y otros. La segunda se distinguía en el de doña Blanca, de García del Castañar, y en el de Edelmira (Desdémona), del *Otelo*.

La compañía de ópera por entonces también era muy buena. Además del gran maestro Manuel García cantaban su mujer Manuela Morales, un italiano llamado Cristiani y la Briones. De esta mujer, que era concubina de Manuel García, nació el año siguiente el portento de las virtuosas, la reina de las cantantes de ópera: Mariquita Felicidad García, conocida en su tiempo como "la Malibrán".

*El reglamento de teatros había entrado en vigor en 1803, pero como nadie se cuidaba de hacerlo cumplir, sólo la costumbre y el progreso de la cultura reformó ciertos hábitos como era el de conservar el sombrero siempre puesto (figúrense la molestia para el espectador de atrás). Inclusive en los lugares más refinados de la capital se golpeaba el suelo con los pies y los bastones cuando se quería demostrar cansancio e impaciencia. Hacer a cada paso inoportunas observaciones, armar el griterío, silbar ad libitum, y dar patadas a discreción era otra de las formas de mostrar descontento. Sólo la cercana presencia de alguna gran dignidad, como el "Príncipe de la Paz", podía amonestar y hacer callar a los revienta-representaciones*





Goya nos retrató así a la duquesa de Osuna (condesa-duquesa de Benavente y esposa del noveno duque de Osuna), en 1785. La pintura que observan es su retrato de familia, pintado en 1788 y conservado en el Museo del Prado.

Los Osuna fueron sus patrones más importantes entre 1785 y 1799, personas muy en el aire de la Ilustración, con intereses en las reformas de todo tipo. La condesa-duquesa (que aparece sentada con su clásica peluca gris) fue en sus costumbres la mujer más celebrada y original de la época. Íntima de la duquesa de Alba y famosa por su elegancia y excentricidad; su delicadeza afrancesada y agudeza mental debió congeniar muy bien con otros grandes personajes de la época como lo fueron –cada uno en su esfera– Máiquez y Goya.

No fue una mujer especialmente bella (se la describe como "simpática y elegante"), pero su sintonía con toreros, literatos, músicos y actores, su carácter fuerte y su elevada posición económica, la ayudaron a fundar instituciones por entonces tan subversivas como la sección femenina de la Sociedad Real de la Economía

Cuenta Galdós que la González tuvo relaciones de "íntima amistad" con dos señoras de la corte, cuyos títulos nobiliarios, de los más ilustres y sonoros que desde remoto tiempo han exornado nuestra historia, guarda por temor a que pudiera enojar a las familias que todavía los llevan.

Personajes que menudeaban por los vestuarios "sin temor a ensuciar sus guardapiés con el polvo de los escenarios". Y haciendo un paralelo con las pastoras de los viejos tapices de la fábrica de Santa Bárbara, las llama "Lesbia" y "Amaranta" (duquesa y condesa respectivamente). Añadiendo ciertas notas definitorias como su gusto refinado por las artes, su vestir a la moda de París, su protección a los actores, a pintores como Goya o a toreros como el célebre Pepe Hillo, muerto en 1803.

En otro pasaje Galdós nos cuenta: *una tarde mi ama salió de muy mal humor del teatro. Isidoro la había reprendido no sé por qué, y aquí debo advertir que el sublime actor trataba a sus subalternos como si fueran chiquillos de escuela. Al llegar Pepita a su casa encargó preparar todo para que vinieran a cenar las señoras "Lesbia" y "Amaranta". (...) el preparar todo, consistía en azotar un poco los muebles de la sala para limpiar el polvo, o mejor dicho, para que el polvo variara de sitio; en echar aceite en los velones; en comprar la prima para la guitarra si le faltaba; en llamar a don Higinio para que afinase el clave; limpiar las cornucopias; ir por nueva remesa de pomada, etcétera. En cuanto a la cena, venía hecha de una repostería.*

Invitado una noche Isidoro Máiquez, Galdós lo describe como un hombre de treinta y ocho años, de alta estatura, actitud indolente, semblante pálido, y con tal expresión en éste y en la mirada, que observado una vez, su imagen no se borraba nunca de la memoria. Vestía un traje verde oscuro, con pantalón de ante y botas polonesas, prendas todas de irreprochable elegancia que usaba con más



Isidoro Máiquez estaba considerado a comienzos del siglo XIX como el mejor actor español de todos los tiempos. La imagen que observan corresponde al actor en un óleo sobre lienzo pintado por Goya, cuando ambos estaban en la cúspide de sus carreras. En el ángulo inferior derecho, sobre el brazo, tiene pintada en blanco la inscripción "Mayquez/ Por Goya/ 1807". Pintura que se encuentra en el madrileño Museo del Prado, con cuatro catalogaciones diferentes: Gassier 455; GW 858; G542 y De Salas 418.

Máiquez, protegido de la condesa de Osuna, había interpretado con enorme éxito y durante cinco años a Otelo; y en el círculo de los amigos de la condesa debió coincidir con Francisco de Goya. Por lo que el mejor actor debió encargarse su retrato al mejor pintor, y aunque se desconocen los motivos del encargo podemos adelantar que si lo pagó no debió ser una cantidad excesiva, pues recuerden que Goya cobraba según las manos que debiera pintar. Una mano echada a la espalda o introducida en la pechera abarataba el precio de la obra, mientras que si presentaba las dos el precio se disparaba.

No obstante lo anterior, deseo observen el foco de luz que muestra sobre su rostro, queriéndose destacar algún rasgo de su personalidad. Quizás esa pincelada suelta y vigorosa poco dada a repasar detalles y que da la impresión de no estar acabado de hacer sea, precisamente, lo que nos marca ese aire melancólico y extraviado que se da al retrato





propiedad que ninguno. Su vestir era un modo de ser propio y personal; él constituía por sí una especie de moda, y no se podía decir que se sometiera; cual dócil lechuguino, al uso común. En otros infringir las reglas habría sido ridículo; pero en él infringirlas era lo mismo que modificarlas o crearlas de nuevo.

En su descripción del carácter del Máiquez hombre (del Máiquez actor Galdós ya había apuntillado que prometió desollarle a quién enredara por la escena mientras él interpretaba) don Benito nos cuenta que al entrar se arrojó sobre un sillón sin saludar a mi ama más que con una de esas fórmulas familiares e indiferentes que se emplean entre personas acostumbradas a verse con frecuencia. Por un buen rato permaneció sin decir nada, tarareando un aria con la vista fija en las paredes y el techo, y sin dejar de golpearse la bota con el bastón. (...) ¡Qué mal has representado esta tarde, Pepilla! Es preciso que te enmiendes, si quieres seguir en mi compañía. ¿Estás enferma? No. ¿Estás enamorada? ¡Oh, no, tampoco! Apuesto a que por atender demasiado a alguna persona de las lunetas, no acertabas con los versos de la comedia.

Te arrojaste en mis brazos, cuando aún no era llegada la ocasión, y yo, preocupado por el agravio recibido, no podía entregarme a halagos amorosos. Echaste a perder el final, Pepilla, desluciste la comedia y me desluciste a mí. Yo no puedo deslucirte nunca. Pues ya ves cómo no fui aplaudido

esta tarde como las anteriores; y de esto tienes tú la culpa, sí, tú misma, por tus torpezas y tus tonterías. No haces caso de mis lecciones, no te esfuerzas por complacerme, y por último, me pondrás en el caso de quitarte el partido en mi compañía, poniéndote de parte de por medio o racionera, si no me obligas con tus descuidos a echarte del teatro.

¡Ay Isidoro! Yo procuro siempre hacerlo lo mejor posible para que no te enfades ni me riñas; pero tanto miedo tengo a que me reprendas que en la escena tiemblo desde que te veo aparecer. ¿Querrás creer una cosa? Pues cuando estamos representando juntos, hasta temo hacerlo demasiado bien porque si me aplauden mucho, me parece que tomo para mí una parte del triunfo que a ti sólo corresponde, y creo que has de enfadarte si no te aplauden a ti solo. Este temor, unido al que me causas cuando me amenazas por señas o me corriges con enojo me hace temblar y balbucir, y a veces no sé lo que me digo. Pero descuida que ya me enmendaré: no tendrás que echarme de tu teatro.

Los ensayos de mi papel -sigue contando Galdós- empezaron con gran actividad, y el mismo Isidoro me dio varias lecciones, haciéndome declamar trozo a trozo los principales y más difíciles pasajes. Entonces pude comprender mejor que nunca el violento y arrebatado carácter del célebre actor, pues cuando yo no aprendía un verso tan pronto y tan bien como él deseaba, se enfurecía llamándome torpe, necio, estúpido, sin omitir otros calificativos algo más duros y malsonantes. Ensayando, tuve muy presente la máxima que corría muy válida entre los cómicos del Príncipe, y era que, representando con Máiquez, convenía trabajar bien, aunque no demasiado bien, pues en este caso el gran maestro se enojaba tanto como en el caso contrario.

## El triste ocaso de un astro

Hacia 1806, desterrado por sus enfrentamientos personales con Godoy, y tras haber tenido que cerrar algunas veces el teatro por revueltas de dentro y fuera del mismo, Máiquez viajó a Zaragoza (allí también tenía amigos y supondría que así se le echaría de menos).

Un tiempo más tarde, en abril del mismo año, Máiquez regresó a la Corte. Debiendo aceptar unas condiciones humillantes que no pudieron menos que herirle en su inmenso orgullo. Humillaciones que consistieron en rebajas en el sueldo, papeles repartidos con otros actores aún no consagrados y otras lindezas por el estilo, a las que nuestro actor ya no estaba acostumbrado.



Máiquez eliminó de su teatro monerías como lo eran andar hacia atrás, hacer besamanos y otras cortesías que realizaban los actores y actrices para dar las gracias al público por los aplausos (le parecían monitos en busca de un cacahuete). Y en su lugar impuso la moda de una vez alzado el telón, al final del acto, quedarse inmóvil y en el centro de escena, recibiendo la ovación manteniendo la cabeza levemente inclinada



Estando Máiquez en Málaga (la guerra había dejado en suspenso todas las representaciones), pasado un año de la invasión, Máiquez eliminó de su teatro monerías como lo eran andar hacia atrás, hacer besamanos y otras cortesías que realizaban los actores y actrices para dar las gracias al público por los aplausos (le parecían monitos en busca de un cacahuate). Y en su lugar impuso la moda de una vez alzado el telón, al final del acto, quedarse inmóvil y en el centro de escena, recibiendo la ovación manteniendo la cabeza levemente inclinada a la francesa y en un tiempo donde se creían ver "afrancesados y colaboracionistas" por todos los rincones, Isidoro fue un sospechoso por el favor que de aquél país había recibido.

A su consecuencia fue conducido a una cárcel pública y encerrado entre malhechores. Permaneciendo en ella hasta poder probar su españolismo y completa inocencia.

A los 44 años de edad Máiquez era un hombre cansado y corrido de casi todo. A la catástrofe de su alrededor se le sumaron las propias (muerte de su hermano, separación de su mujer, etcétera), y "las enfermedades del alma" pronto comenzaron a apoderarse de él.

## Enfermedad y muerte de Máiquez

Con la salida de los franceses de la Corte de Madrid (agosto de 1812) su estado físico se agravó. Repuesto a su mismo lugar Fernando VII Máiquez y otros liberales fueron de nuevo encarcelados.

En estos trances Máiquez recayó en su enfermedad (las toses y la afonía le impedían representar), sin que desde entonces se conozca tuviera jamás una completa mejoría (su afición al tabaco tampoco le ayudó).

Tras una serie de "enfrentamientos con la autoridad", que le costaron su exclusión para seguir formando en las compañías, cre-



Varias de las escapadas de Máiquez (cuando salió de Cartagena, cuando se escabulló de sus papeles secundarios en Madrid, etcétera) fueron para marchar a Granada. Ciudad que siempre ejerció sobre Máiquez una fuerte influencia aunque en ella no tuvo éxitos sobre su carrera de actor, sino en el plano personal. Allí Máiquez intimó con un estudiante de la Universidad de Granada (don Antonio González), persona con la que le unió una fuerte y especial amistad, y por la que concluyó su vieja aspiración de ser escribano. Esto posibilitó a Máiquez regresar a Madrid como funcionario de justicia (1800), en una profesión que nunca ejerció

ció en Máiquez la enfermedad, tanto física como mental.

El hecho que hubiera dirigido a sus compañeros del teatro con orgullosa presunción, o que se hubiera mostrado tantas veces furioso por los más mínimos detalles, tampoco propició que salieran ahora en su defensa.

Desequilibrado mentalmente marchó de Madrid tras ser decretada su jubilación forzosa (1819), y un destierro del que ya no volvió.

Ciudad Real y después Granada fueron sus siguientes paraderos, ciudad ésta última donde le cuidará Antonio González (viejo estudiante granadino que le profesaba un sentimiento especial).

Tras un breve vuelo rastrero por el teatro, consumido por la fiebre y entre delirios de locura (había de ser vigilado día y noche) le llegó por fin la hermana muerte.

En la ciudad de Granada, la noche del 17 de marzo de 1820, el alma de Isidoro Patricio Máiquez Rabay abandonó la vida terrenal, siendo a continuación llevado a la parroquia de San Matías para la consiguiente misa de difuntos.

Pero ésta le fue negada por tenerse que celebrar a ese instante una reunión parroquial, y en un oscuro cuarto anexo su cuerpo esperó solitario unas cuantas horas hasta que por fin fue llevado al camposanto. Allí se le dio sepultura en algún punto de la zona destinada a "enterramiento general" que no puede precisarse, porque nada quedó escrito y la cruz que marcaba el triste lugar el tiempo la devoró.

Hoy tan sólo un viejo obelisco, colocado en el casco antiguo de Granada (monumento ordenado erigir en 1839 por el murciano Julián Romea), recuerda a quienes tienen memoria el paso del actor por aquel lugar.

## Conclusión

Acabando esta crónica, y a modo de corolario, transcribo a continuación lo que el gran Isidoro Valverde escribió sobre Máiquez en su obra "Cartagena Entrañable":

"Revolucionó la escena española desde el teatro de los Caños del Peral, de Madrid. Figuró como primer actor en la compañía del teatro del Príncipe y en la de los Sitios Reales. Testigo de su arte sin igual fueron El Pardo, Aranjuez, el Escorial, la Granja. Isidoro intimó con Goya, con el torero rondeño Pedro Romero, con Godoy, con Carlos IV, con el marqués de la Vega de Armijo, con Moratín y, en París, con Talma, del que aprendió, pero a quien superó, al menos en la interpretación de Oscar y de Otelo, según propia confesión del trágico francés. Isidoro Máiquez, era altivo y altanero, dominador y poco sufrido -esta virtud la debería sin duda a Cartagena-, generoso con los amigos y con los necesitados".

Virtudes a las que don Juan





Mediano Durán añade la de "duro" pues resistió incólume y en su lugar la Guerra Civil española, balazos inclusive ("ser más pesado que las cortinas del Máiquez" era otra de las malicias de los icues de nuestro tiempo).

Por mi parte solo deseo que hayan sabido sacar el jugo a la excepcional capacidad de síntesis de nuestros paisanos, pues en lo que a mi respecta tan sólo espero no haber exagerado los posibles defectos del actor (que supongo fueron los normales a cualquier ser humano de su tiempo) ni haber ensalzado en exceso sus virtudes (que sin duda también fueron muchas); paso página y pongo el punto ...y aparte. Pues el punto y final dudo mucho que jamás lo pueda nadie colocar sobre los entresijos de la vida y obra de este gran cartagenero. Gigante del teatro, alabado y escarnecido a partes iguales, como solo resulta de las grandes pasiones.

De este modo, junto al bronce de J. Ortells (bronces Mir Ferrero - fundidores de Madrid) hagamos que caiga el grueso telón mientras escuchamos las mágicas palabras de su inmortal Otelo, el Moro de Venecia, llevadas ahora de la mano del genial Shakesperare:

*Hubo un tiempo en que sólo con mi brazo y esta gran espada me abría camino entre más impedimentos que veinte veces vuestro estorbo. Mas ¡Ah, inútil bravata; ¿Quién gobierna su destino? Yo, ya*



Fruto de su misma soberbia, Máiquez fue de algún modo un personaje histórico contracorriente, cuando en la cima de su carrera artística española sostuvo la primacía de la escuela francesa (de la que aprendió en sus últimas lecciones) frente a la clásica del Siglo de Oro español, nuestras antiguas e inmortales comedias. Ello le valió no pocos ataques contra su persona y contra su forma de representar (la literatura dramática francesa no gustaba en exceso, y el escándalo de la invasión había terminado de colmar el vaso)



no. Es el fin de mi jornada, el término, EL ULTIMO PUERTO DE MI VIAJE.

### Algunas de las primeras obras de Máiquez

"El triunfo del Avemaría", de Rosete Niño. Papel: "moro Tarfe". Toledo.

"Defensa de Barcelona por la más fuerte amazona", de Fermín del Rey (apuntador del teatro del príncipe). Papel: Don Gascón de Moncada. Madrid.

"Federico II en Glatz o la Humanidad", de Comella. Papel: Guillermo Huber. Madrid. "Pelayo", de Gaspar de Jovellanos. Tragedia representada en Madrid, por la que empezó a destacarse y a



Lo que ven en la imagen es la calle que tiene dedicada en Los Nietos (Cartagena)



En la imagen, una calle con su nombre en el vecino pueblo de La Unión

gozar del favor del público.

Al año siguiente era "sobresaliente", o actor que reemplazaba al primer galán en los casos de necesidad.

"Si una vez llega querer, la más firme es la mujer", de Cañizares. Sobresaliente. Madrid. Su sueldo por entonces eran unos veinte reales de partido (sueldo fijo durante el año teatral) y cinco de ración (el que se cobraba solo los días que trabajase).

El "alza de palcos" era otra dieta que se pagaba a modo de propina a los actores que más se habían distinguido en las funciones de gran recaudación.

En Madrid (teatro del Príncipe) trabajó con la gran Rita Luna y con María del Rosario Fernández "la Tirana". En el mismo teatro

*La de los actores ha sido una clase compuesta por un corto número de individuos, en la que eran aún menos los que lograban destacar en sitios de importancia. Si esto ya era complicado, figúrense lo que representó para Máiquez el consolidarse como primer actor español en un siglo de intrigas, enredos. De abierta adopción pública de un estilo organizativo, social y cultural (el afrancesado) que a continuación se habría de combatir en el terreno político (los efectos de la invasión francesa)*





reemplazó al maduro galán Antonio Robles, en abril de 1793.

Llegada para él de nuevo la época oscura era llamado por el público "galán de invierno" y "voz de cántaro roto". El mismo tiempo en que el dramaturgo don Leandro Fernández de Moratín censuraba a Máiquez diciendo que era frío en extremo al representar. *Celos no ofenden al sol*. Madrid. *Eugenia*, de Beaumarchais. Traducción de Don Manuel de la Cruz. Madrid. *Darlo todo y no dar nada*, de Calderón de la Barca. Madrid. *La fuerza del natural*, de Moreto. Sobresaliente. Madrid. *Dios hace justicia a todos*, de Villegas. Madrid. *La más hidalga hermosura*, de Rojas Zorrilla. Madrid. *Sesostris, rey de Egipto*, de Ramón de la Cruz. *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro. Papel: *Rodrigo Díaz de Vivar*. Madrid. *El rey don Sebastián*, de Juan Bautista Villegas. Madrid.

Y un largo etcétera.

**Vicente Cepeda Celdrán**

## Colección *Cartagena Histórica*

SERIE II REPÚBLICA

### **Cartagena (1931-1936). Los años de la esperanza**

#### ***Francisco J. Franco***



El pueblo de Cartagena recupera por fin la parte de su historia más presente en la memoria colectiva y, al tiempo, más olvidada por los historiadores. Editorial Áglaya, empeñada en rescatar todas las páginas de nuestra historia, ofrece a sus lectores en *Cartagena (1931-1936)*. *Los años de la esperanza* algunas de las claves de lo que fue la Segunda República en Cartagena. Francisco José Franco pretende con este libro, ofrecer un testimonio abierto a todo tipo de lectores, un testimonio acompañado de imágenes de aquel tiempo, imágenes de la Cartagena que desapareció tras la Guerra Civil.



# Cartagena Histórica

## NÚMEROS PUBLICADOS

### NÚMERO 1. OCTUBRE - DICIEMBRE 2002

- El Chipé. Tragedia en julio de 1936
- La expedición de la flota cantonal a Valencia
- Francisco Villamartín y Ruiz (1833-1872)
- Gibraltar. De Utrecht al siglo XXI
- El museo Militar Regional
- Proyectos...
- El ataque a Tarento

### NÚMERO 2. ENERO - MARZO 2003

- El hundimiento del Castillo de Olite. La mayor tragedia naval de la Guerra Civil
- La llegada del ferrocarril a Cartagena
- Isaac Peral
- El Teatro Romano de Cartagena
- El Museo Naval del Mediterráneo
- Las elecciones del 16 de febrero de 1936 en Cartagena
- La carga de la Brigada Ligera

### NÚMERO 3. ABRIL - JUNIO 2003

- El bombardeo de las cuatro horas
- Jiménez de la Espada
- La patente de corso de los Reyes Borbones en Cartagena
- Los Ayuntamientos constitucionales del campo de Cartagena (1812-1845)
- Museo Nacional de Arqueología Submarina
- Forzados en Galeras
- Operación Torch

### NÚMERO 4. JULIO - SEPTIEMBRE 2003

- Los submarinos del Kaiser en las aguas de Cartagena
- La Policía Municipal de Cartagena I
- Juan Fernández. Un descubridor cartagenero y sus islas
- Museo Arqueológico Municipal Enrique Escudero de Castro
- Puerto de Cartagena. La nueva dársena de Escombreras
- Felipe IV. Un período histórico en revisión
- Que tú bordaste en rojo ayer. La condición de la mujer bajo el nacional sindicalismo. Cartagena 1939-1956
- Chinchilla. El final de la expansión cantonal

### NÚMERO 5. SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2003

- Panorámica de una capital borbónica. Cartagena a finales del siglo XVIII
- 1903-2003. Centenario de la Aviación. El vuelo de los hermanos Wright
- Qué fue de aquellos proyectos

- A vueltas con los bombardeos de 1936
- Vida y aventuras del escritor José Rodríguez Cánovas
- Recuerdos en mi memoria

### NÚMERO 6. ENERO - MARZO 2004

- El ataque al Deutschland. Cartagena en el punto de mira de la Alemania Nazi
- Ramón Serrano Suñer. Un cartagenero que renunció a ser predilecto
- San Martín en Cartagena
- El reloj de la torre del Arsenal de Cartagena
- Historia del Teatro Circo de Cartagena
- Vida y tragedia del general Borja
- La Logia Atlántida N.º 5

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 1

Cartagena. 15 de agosto de 1936.  
Muerte en la Marina.  
El España N.º 3 y el Río Sil

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 2

El bombardeo de Cartagena por la artillería del Gobierno Centralista (1873-1874)

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 3

El artillado del frente marítimo de la Base Naval de Cartagena como consecuencia de la amenaza de los buques acorazados

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 4

El acorazado Jaime I

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 5

Las visitas de Franco a Cartagena

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 6

¡¡Compañero ruso!!  
Nikolai Gerasimovich Kuznetsov

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 7

Centro de Buceo de la Armada

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 8

Centenario Antonio Oliver Belmás

### CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 9

Isidoro Patricio Máiquez Rabay

Pedidos de números atrasados:

Editorial Áglaya · Calle Real, 16 · Tel: 968 320 680 · e-mail: [info@editorialaglaya.com](mailto:info@editorialaglaya.com)

Revista: 4,50 € Monográfico: 2,50 € (más gastos de envío)



# La memoria del submarino Peral

por

ISAAC PERAL Y CABALLERO

Introducción, Estudio Preliminar, Notas y Apéndice  
de  
Agustín Ramón Rodríguez González

editorial  
**ÁGLAYA**

**L**a modestia y patriotismo de Isaac Peral o quizá su corta vida le impidieron redactar una obra en que relatara pormenorizadamente todos sus trabajos e ilusiones. En este libro Agustín R. Rodríguez González, uno de nuestros grandes historiadores navales y el mejor conocedor de la obra de Peral, muestra el proceso creador del genio divulgando uno de los pocos y decisivos escritos que nos quedan del gran inventor: *La Memoria del Submarino Peral*.

Tal vez con demasiada frecuencia la tragedia personal y profesional del gran inventor ha ocultado o al menos dejado en segundo plano sus increíbles logros y bien merecen éstos que alguien se centre en ellos, ahora que más de cien años después, pueden ser comprendidos y valorados al menos en líneas generales por cualquier lector no especialista pero bien informado.

Ello nos obliga, para mejor comprensión del lector actual, a completar en lo posible el informe de Peral con un estudio previo, y a anotar su escrito con algunas informaciones y juicios complementarios, así como a incluir en apéndice los datos conocidos sobre lo que él consideraba su aportación más valiosa y secreta: el aparato de profundidades.



# TÍTULOS PUBLICADOS

## COLECCIÓN NARRATIVA

Míster Witt en el Cantón  
Ramón J. Sender

Atrapado por la realidad  
José Espinosa

La clonación de Jesucristo  
Javier Cortés

El sendero de los pinos  
Juan Ramón Calero

El contrasentido  
Daniel Mateo Campoy

## COLECCIÓN UNA SAGA MARINERA ESPAÑOLA

Luis Delgado Bañón

1. La galera Santa Bárbara
2. La cañonera 23
3. La flotante San Cristóbal
4. El jabeque Murciano
5. La fragata Princesa

## COLECCIÓN CARTAGENA HISTÓRICA

### SERIE II REPÚBLICA

Cartagena (1931-1936) Los años de la esperanza  
Francisco J. Franco

### SERIE HISTORIA MILITAR

La artillería en la defensa de Cartagena y su Base Naval. Desde sus orígenes al Plan Vickers de 1926  
Federico Santaella Pascual

Sublevaciones republicanas en Cartagena (1885-1886). Las intentonas del Arsenal Naval y del castillo de San Julián  
Manuel Rolandi Sánchez-Solís

### SERIE SUBLEVACIÓN CANTONAL

Memoria y comentarios sobre el sitio de Cartagena  
General José López Domínguez  
Memorias de la revolución cantonal en Cartagena  
Capitán Eduardo García Alcántara  
Cartagena. Recuerdos cantonales  
Saturnino Giménez Enrich  
La Artillería Centralista en el sitio de Cartagena. El informe Vivanco  
General Joaquín Vivanco  
Edición Ángel Márquez

Láminas Sublevación Cantonal  
Ilustraciones publicadas por la prensa de la época en España, Francia e Inglaterra

### SERIE CULTURA Y SOCIEDAD

Educación, salud y protección a la infancia. Las colonias escolares de Cartagena (1907-1936)  
Pedro Luis Moreno Martínez

### SERIE HISTORIA NAVAL

Memoria del submarino Peral  
Agustín Ramón Rodríguez

### SERIE PERSONAJES

Juan López Pinto (1788-1831). La romántica lucha por la libertad  
Juan Antonio Gómez Vizcaino

### SERIES ESPECIALES

Granaderos de Bandera  
José Alberto López Truque

### SERIE HISTORIA

El hundimiento del Castillo Olite. La mayor tragedia naval de la Guerra Civil Española  
Luis Miguel Pérez Adán



# PRÓXIMO NÚMERO

CARTAGENA HISTÓRICA · NÚMERO 7 · ABRIL-JUNIO 2004



ANTONIO ROS UN CARTAGENERO UNIVERSAL. El exilio cartagenero en Méjico  
Francisco J. Franco

## LOS BOMBARDEOS DE 1937

Miguel Puchol

## POLICÍA MUNICIPAL II

Ángel Márquez

Testimonio sobre Cartagena

## LAS VISITAS "AD LIMINA" DE LA DIÓCESIS CARTAGENERA (1589-1501)

A. Irigoyen López

J. J. García Hourcade

(Universidad Católica de Murcia)

Curiosidades Históricas

## BILLETES Y MONEDAS EMITIDAS EN CARTAGENA Y SU ÁMBITO DE INFLUENCIA DURANTE LA GUERRA CIVIL

## ¿DÓNDE ESTÁN LOS CAÑONES DE LOS ACORAZADOS JAIME I Y ESPAÑA?

Biografías

ENRIQUE ESCUDERO DE CASTRO



ABRIL DE 1994  
¿IRRUMPIERON LOS GRANADEROS  
MARRAJOS EN LA SALVE CALIFORNIA?



## CUADERNOS MONOGRÁFICOS DE CARTAGENA HISTÓRICA

N.º 10 MARZO 2004: Del 17 al 22 de julio de 1936. Sublevación y contrarrevolución en Cartagena

N.º 11 FEBRERO 2004: 1940 - 1943. Procedimiento sumarísimo ordinario conta Carmen Conde Abellán por auxilio a la revelión



Juan Antonio Gómez Vizcaíno

## JUAN LÓPEZ PINTO

1788-1831



**LA ROMÁNTICA LUCHA POR LA LIBERTAD**

Es este ilustre cartagenero fue uno de los hombres que constituyeron la pléyade de miembros del Cuerpo de Artillería que vivieron los turbulentos años de comienzos del siglo XIX, debatiéndose entre la profesión y la política inducidos por el ambiente. Años pletóricos de inquietudes políticas, de conspiraciones, de luchas, que marcan el paso del Antiguo al Nuevo Régimen, con la visión romántica que le imprimieron unos hombres curtidos en la lucha patriótica de los campos de batalla y cuya diversidad de conflictos posteriores marcaron los orígenes del constitucionalismo español.





# UNA SAGA MARINERA ESPAÑOLA

----- Luis Delgado Bañón

**La primera colección de novela histórica naval española con el rigor histórico del que carecen las series británicas**

En la serie de novela histórica *Una Saga Marinera Española*, Luis Delgado narra la historia de nuestra Armada desde la segunda mitad del siglo XVIII, momento de máximo esplendor en su poder naval, hasta la Guerra Civil de 1936-39. El autor se impone como premisa ineludible el rigor histórico. De esta forma, los lectores podrán comprobar los momentos más importantes de la Historia Naval de España, a la vez que disfrutan, enganchados con la lectura de los acontecimientos novelescos que el autor incorpora a las tramas.

1 **La galera *Santa Bárbara***

2 **La cañonera *23***

3 **La flotante *San Cristóbal***

4 **El jabeque *Murciano***



Luis Delgado aborda la cuarta obra de su colección exaltando la figura del jabeque, uno de los buques de la Armada con más intensa, arriesgada y meritoria labor en el Mediterráneo. Su personaje, el alférez de navío Leñanza, *Gigante* para nosotros, se recupera de las heridas sufridas en la flotante *San Cristóbal*, para embarcar a continuación en una de dichas unidades.

En esta ocasión, el foco histórico escogido por el autor es el de las jornadas llevadas a cabo contra la Regencia argelina, cuyas embarcaciones corsarias continuaban sembrando el pánico por nuestras costas levantinas y baleares en el último cuarto del siglo XVIII. De forma especial, el lector se encontrará sumergido en las operaciones llevadas a cabo contra la ciudad de Argel en el verano de 1784, vivida por nuestro personaje a bordo del jabeque *Murciano*, así como las acciones posteriores, más propias de epopeya popular.

5 **La fragata *Princesa***



En el quinto volumen de *Una Saga Marinera Española*, Luis Delgado fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico, para trasladar al lector hacia las Indias. Su protagonista principal, el ya teniente de fragata Francisco Leñanza, es destinado al Apostadero de San Blas, en la costa mejicana occidental de nuestros días.

Leñanza toma el mando de la expedición naval que, desde San Blas, se dirige hacia las islas Nutka para posesionar y fortificar en nombre de España, embarcado en la fragata *Princesa*. Y es allí donde surge el importante conflicto con los buques e intereses británicos, que llevan las relaciones entre ambas naciones hasta un punto cercano al rompimiento de hostilidades, recién inaugurado el reinado de Carlos IV.

*La vida a bordo de los buques españoles en los siglos XVIII-XX*